

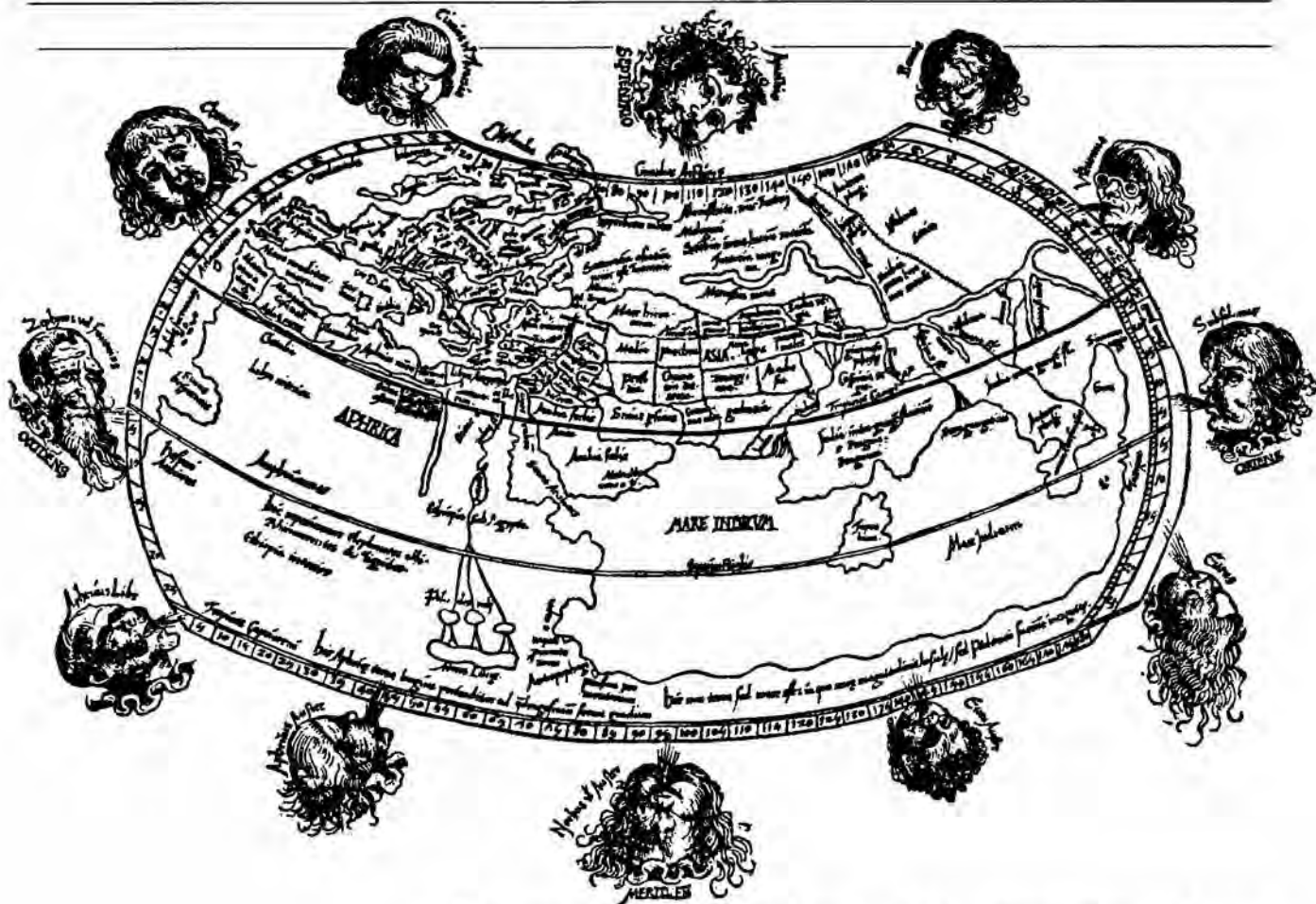
LA BÚSQUEDA DE CÍBOLA Y QUIVIRA



**E**l Dorado: ¿mito, realidad, sueño? Consumada la conquista y habiendo los jefes satisfecho su sed de gloria y fortuna, cientos de segundones aún esperaban que se encendiera la estrella de la buena fortuna. Todos querían encontrar su “El Dorado”; todos hallar el camino de las Siete Ciudades. Por distintas razones las buscaban, algunas veces haciendo camino al andar, otras, las más, usando las rutas milenarias de mar y tierra del comercio indígena. Estas líneas son una crónica de esas andanzas.







del actual Paso del Norte (Ciudad Juárez) donde vieron por primera vez casas permanentes cuyos habitantes cultivaban maiz, frijol y calabaza y vestían ropas de algodón.

En un mes más de penosas marchas alcanzaron los ricos establecimientos agrícolas de los ópatas en el valle de Sonora. De "Corazones" (cerca de Ures), donde los naturales los recibieron en son de paz y los agasajaron con un festín de corazones de venado, continuaron su marcha acompañados por guías indígenas hasta el río Yaquí. Allí su buena fortuna tomó la forma de una hebilla y un clavo de herradura que formaban parte del amuleto de un indio. De esta manera Alvar Núñez Cabeza de Vaca y sus compañeros se enteraron de la cercanía de los españoles y de la posibilidad de reintegrarse a su mundo. En efecto, tres años antes Diego de Guzmán, sobrino de Nuño, el despiadado conquistador de Occidente, había visitado aquellas tierras.

El viaje de Cabeza de Vaca siguió hasta Mocorito donde había una avan-

zada a las órdenes de Diego de Alcaráz, cuyos hombres se dedicaban a la caza de indígenas para venderlos como esclavos, destino al cual no escaparon los pacíficos acompañantes de De Vaca. Conducido éste a Culiacán, fue recibido por el alcalde Melchor Díaz, y posteriormente es Nuño de Guzmán, ahora gobernador de la Nueva Galicia, quien los acoge en Compostela. El paso siguiente en la ruta de los sobrevivientes de la portentosa aventura fue la ciudad capital del virreinato de la Nueva España, donde se presentan ante don Antonio de Mendoza (1536), primer virrey, nombrado un año antes para poner coto a los desmanes y ambiciones de hombres como Nuño de Guzmán y Hernán Cortés, y ver por los intereses de su majestad imperial Carlos I de España (V de Alemania).

Siempre se ha tomado a don Antonio como un hombre justo y un competente administrador con los pies bien puestos sobre la tierra, pero las recientes conquistas de México y el Perú y las fabulosas riquezas ahí encontradas hacían



que hasta los hombres más sobrios tendieran a las más fantásticas especulaciones. De Vaca y sus acompañantes habían, durante más de un lustro, pasado privaciones y sufrido esclavitud. Habían deambulado semidesnudos, por leguas y leguas de tierras áridas ocupadas por bandas de nómadas, alimentándose de hierbas y frutas del desierto. Sólo hasta llegar a el Paso del Norte vieron tierras cultivadas y oyeron hablar (o creyeron oír hablar) de ciudades ricas y populosas situadas río arriba. No obstante las pocas evidencias, don Antonio de Mendoza entrevió en la tierra incógnita más allá del desierto un "Nuevo México"... Quizá las Siete Ciudades de Plata, descubiertas y conquistadas por alguno de sus leales capitanes.

Para abrir camino y enviar informes sobre lo que se encontrara en la tierra incógnita, se envió a Estevanico, veterano de aquellas lides, y a fray Marcos de Niza, fraile aventurero y caminante inveterado, cuyas sandalias ya habían recorrido los senderos del Perú, y fuera recomendado por fray Juan de Zumárraga. Estevanico, que había tenido algún éxito entre las tribus de Texas, oficiando como chamán, se preciaba de ser intérprete. Evidentemente, dada la complejidad lingüística del inmenso territorio por recorrer, donde se hablaban por lo menos veinte lenguas, Estevanico sólo debía hablar alguna jerga de las usadas por los indios en sus transacciones. Siguiendo la ruta del comercio de plumas de guacamaya, Estevanico y sus acompañantes (probablemente cahitas de Sinaloa) llegaron en mayo de 1539 a Hawikuh, el más occidental de los pueblos zuñis. Estevanico no salió vivo de Hawikuh. Algunos culpan a su lujuria, otros a su codicia. Fray Marcos de Niza, que marchaba tres jornadas atrás, ni siquiera llegó, pues al saber de la muerte del morisco salió huyendo de regreso a México.

No obstante, de sus entusiastas revelaciones (pasado el susto) se dedujo que más allá del Gran despoblado se encontraban las Siete Ciudades de Plata, sólo que en vez de ser las ciudades de "Antilia", como en la leyenda medieval, lo eran de "Cíbola". Ésta es la primera vez que aparece este nombre y Bandelier (estudioso del tema) sugiere que pudo

haberse derivado del término Shi-uona, nombre que dan los zuñi a la cordillera que recorre su territorio. De cualquier manera, independientemente del origen del término, la exploración militar de amplia envergadura con rumbo a la lejana y supuestamente próspera comarca, trastocó el orden lógico de la conquista y colonización del norte de México.

Resuelto ya a emprender la aventura, don Antonio de Mendoza buscó a quien encomendar la jefatura. Para esta empresa se requería valor y ambición y, desde luego, financiamiento, el cual fue aportado por los mismos participantes en la empresa, pues la Corona se limitaba a cobrar el quinto real, si de la aven-



tura resultaba algún provecho. El casamiento de don Francisco Vázquez de Coronado, joven capitán llegado a la Nueva España en el séquito de Mendoza, con doña Beatriz, heredera del acudalado Alonso de Estrada, tesorero del virreinato, hizo de Coronado la persona idónea para dirigir la expedición. Don Francisco aportó 50 mil ducados (la dote de su esposa); don Antonio 60 mil ducados de su peculio personal. De entre los 300 buscadores de fortuna algunos aportaron cantidades menores (se les había prometido repartimientos en las tierras a conquistar) otros, su caballo y sus armas. Los más, tan sólo la fuerza de su brazo. En las huestes de Coronado había trece hombres de alto rango: capita-





nes, oficiales y maestros de campo. Los nombres de algunos de ellos habrían de pasar a la historia por sus descubrimientos o por sus crueldades.

Aparte de los caballeros viajaban cerca de un centenar de soldados de a pie armados con arcabuces, poco efectivos, pero capaces de asustar a los desprevénidos indígenas, y un buen número de ballesteros. La ballesta, por su alcance y penetración era claramente superior a los arcos de los nativos, y sus armaduras, de cuero o guata, incapaces de detener sus proyectiles. Los seis "pedreros" (cañones de bronce) fueron más un adorno que un estorbo que un arma eficaz. Los "aliados" y sirvientes indígenas se contaban por cientos, las funciones de estos últimos eran múltiples: exploradores, zapadores, encargados de pastorear los rebaños de ovejas y cerdos (provisiones en pie para alimentar a la tropa), de conducir a las mulas que cargaban la impedimenta y de cuidar a los caballos, muchos iban acompañados por sus mujeres. Algunos de los caballeros llevaban entre sus pertenencias a sus esclavos negros.

Desde luego, la todopoderosa Iglesia estaba, representada, no sólo por el fantaseador fray Marcos de Niza, sino por el belicoso fray Juan de Padilla. Nada menos que: ¡La ira de Dios; quien en su juventud había sido soldado y no había olvidado el ¡Santiago y a ellos; El cronista oficial de la expedición fue Pedro de Sotomayor. Desgraciadamente su relato se perdió. Gracias a otro Pedro, de apellido Castañeda, se hizo posible la reconstrucción de los pormenores del viaje a Cibola, pues años después de haber participado de éste, establecido como pequeño propietario en tierras de Frontera (actual Sinaloa), escribió un relato nostálgico y dolido, lo bastante minucioso para que sus puntos de referencia geográficos permitieran reconstruir la ruta de Coronado. Más aún, sus descripciones de los usos y costumbres de los grupos indígenas con los que la expedición entró en contacto, son invaluable, pues nos describen a estas etnias antes de la inevitable transformación que sufrieron al contacto con la civilización occidental.

Los miembros de la expedición se habían ido reclutando a todo lo largo del



camino desde la ciudad de México. Al pasar por Michoacán se incorporó a un buen número de indígenas de aquellas tierras. Al fin todos se reunieron en Compostela, por entonces capital de la Nueva Galicia, gobernada por el propio Coronado, destituido ya el cruel Nuño de Guzmán. De ahí salieron las diferentes partidas del considerable contingente rumbo a Culiacán. Como un mal augurio recibió Coronado la noticia de la muerte, en Chiametla, de su maestro de campo Lope de Samaniego, flechado cuando al frente de una compañía buscaba bastimentos en tierras indias ya conquistadas. De más está decir que varios indígenas del lugar fueron ahorcados en represalia. Estaba previsto que una flota al mando de Hernando de Alarcón apoyara a la expedición por tierra llevando el fardaje: armas, utensilios, provisiones de boca, vestimentas y rescates (las baratijas que pensaban cambiar a los indígenas por oro). Con Alarcón viajaba el cartógrafo Domingo Castillo, quien ya había ascendido el Mar de Cortés.

El viaje paralelo por mar y tierra sólo fue posible hasta poco más allá del cruce del río Sinaloa, de ahí en adelante la línea de la costa y la ruta terrestre se separaban más allá de toda posibilidad de comunicación. Alarcón no pudo ayudar a la expedición de Coronado de la manera prevista, pero le estaba depa-

rado corroborar que California no era una isla sino una península (ya lo había insinuado Ulloa, enviado de Cortés). De pronto las diáfanos aguas marinas se convirtieron en un mar de lodo: la desembocadura del turbulento río Colorado. Alarcón logró, no sin grandes dificultades, navegar río arriba. En las márgenes del río hizo contacto con los gigantescos y humanos, que andaban desnudos, provistos de una espátula de hueso de venado para quitarse el sudor de la piel. Para la inmensa fortuna de éstos, el tórrido territorio del Colorado no despertó el interés de los colonos hispanos y los aguerridos gigantes fueron dejados en paz por más de tres siglos.

La columna de avanzada que encabezó Coronado salió de Culiacán el 20 de abril de 1540. Durante las muchas semanas de marcha por sierras escarpadas y despoblados inhóspitos debieron pasar penalidades sin cuenta, pero los sostenía la esperanza de encontrar oro. En más de una ocasión éste habría aparecido si se hubieran detenido a buscarlo bajo los cascos de sus caballos, pero en la mente de todos aquellos aventureros estaba impresa la idea del botín: del oro como producto de un rescate regio, del oro convertido en ídolos y ornamentos al alcance de las manos codiciosas que habrían de arrebatarlo. Así, con estas fantasías que hicieron tolerable el





penoso recorrido, más de 300 leguas, llegaron a fines de julio de 1540 a la provincia de Shi-uo-na (en el actual Nuevo México).

La legendaria Cibola resultó no tener siete ciudades, sino seis tan sólo y, peor aún, éstas no eran de plata sino de piedra y adobe.

Nada más lejos de las fantasías de los conquistadores que Hawikuh, el primer poblado zuñi con el que hicieron contacto. Un pueblo de piedra y adobe, compacto, replegado sobre sí mismo, formado por numerosos cuartos colocados pared con pared y unos sobre otros en forma escalonada, sin calles de acceso y una sola plaza al frente. Sin puertas exteriores y con muy escasas y pequeñas ventanas. Se accedía al interior subiendo al techo con una escalera móvil de palos y descendiendo después por un agujero a manera de escotilla. El menaje (hubieron de comprobarlo después) era muy pobre: cestos, piedras de moler, esteras y pieles que servían como lechos y cerámica. En algún rincón un telar vertical engañosamente simple. Las vestimentas eran de algodón y los escasos adornos de plumas y turquesa. El oro y la plata brillaban por su ausencia. Pero se sabía que en los cuartos de los niveles

bajos que servían de bodegas había grano almacenado y los hombres de Coronado tenían hambre.

Los zuñis no tenían la menor idea de que hasta ellos llegaba una de tantas avanzadas de un imperio que bajo el lema PLUS-ULTRA, se había puesto en marcha reclamando como suyas tierras distantes habitadas por hombres de otras culturas. No podían entender que habrían de obedecer a un soberano lejano y ausente; mucho menos que deberían renunciar a su religión y adoptar la de los intrusos. El "Requerimiento" (que debía ser atendido para impedir que los españoles entraran a sangre y fuego) no fue entendido, por lo que el !Santiago y a ellos; de los españoles no se hizo esperar. Si bien los caballos no sorprendieron a los zuñis acostumbrados a bestias tan formidables como los bisontes, los arcabuces lograron impresionarlos, pues en adelante llamaron a los españoles "los que pelean con fuego". Las ballestas, por su parte, eran demasiada arma para los arcos y los montones de piedra amontonados en los techos. El resultado de la batalla no es de sorprender. Los españoles acicateados por el hambre lograron vencer la resistencia indígena y se apoderaron de Hawikuh.

El hambre saciada hizo menos amarga la decepción por no encontrar oro ni plata. Los hombres hasta se hicieron lenguas de la buena calidad de la sal, de lo succulento de los guajolotes (que los indios decían criar sólo para utilizar las plumas) y de lo bien molido del maíz ¡mejor que el de México! La carta que Coronado envió al virrey (agosto 3 1540) es de un tono levemente vergonzante: se excusa de no haber encontrado los tesoros esperados y culpa de ello a fray Marcos de Niza por las falsas expectativas que los lanzaron a la aventura. Hace la descripción de la provincia: su clima, sus animales y plantas. Deduce, acertadamente, que los indios deben adorar al agua porque hace crecer al maíz y sustenta así sus vidas. Pone en duda en cambio que esos indios semidesnudos hayan sido capaces de hacer tan sólidas construcciones. El regalo que envía a Mendoza es harto modesto: una docena de mantas de algodón, algunos pendientes de turquesa, una piel de vaca ciboleña (bisonte). ¡Ése fue el botín de las siete ciudades!



Sin comprender la naturaleza de las sociedades con las que habían entrado en contacto, insisten en hablar con el "rey". No lo había, por supuesto. A la unidad cultural evidente de la provincia no correspondía una unidad política. Cada pueblo era una pequeña ciudad estado y ni aun en éstas había una sola cabeza sino un consejo de ancianos que conjuntaba funciones religiosas y de gobierno. Repuestas las fuerzas de hombres y bestias, una pequeña fuerza al mando de Pedro de Tovar fue enviada al noroeste, a la provincia de "Tusayan", de la cual habían oído hablar los españoles. Después de varios días de desierto aparecieron los poblados hopis, encumbrados en cuatro mesas que se alzaban sobre el nivel del desierto. En partes de éste, favorecidos por la cercanía de algún manantial, se encontraban sus sembradíos.

Eran siete los pueblos, por una vez en concordancia con la leyenda, por lo demás, muy semejantes a los de Cíbola. La cultura (salvo la diferencia idiomática) era también similar: igual énfasis en el cultivo del maíz, igual dominio de la cerámica y los tejidos de algodón, igual importancia de las deidades vinculadas al agua (kachinas), un mismo tipo de gobierno y una total ausencia de metales preciosos. A la primera escaramuza, los hopis, cuyo nombre significa "pacíficos", parecieron haber captado la superioridad bélica de los intrusos y prefirieron hacer la paz. Ya que la provincia de Tusayan no ofrecía mayores atractivos, Tovar regresó a Cíbola. La pobreza y lejanía de los hopis los salvaguardó en gran medida de ser arrollados por la civilización occidental. El reporte de Tovar, ya en Cíbola, incluía lo oído acerca de un gran río, varias jornadas al occidente de los poblados hopis. Río abajo habitaban hombres de gran corpulencia. Coronado mandó a su capitán García López de Cárdenas a investigar lo que de cierto hubiera en esta historia. Cárdenas y un puñado de hombres emprendieron pues el viaje de exploración que había de culminar en el descubrimiento de uno de los paisajes más impresionantes de la tierra. Tras veinte jornadas y a 50 leguas al occidente de Tusayan, Cárdenas y sus hombres llegaron al borde de un profundo tajo, al



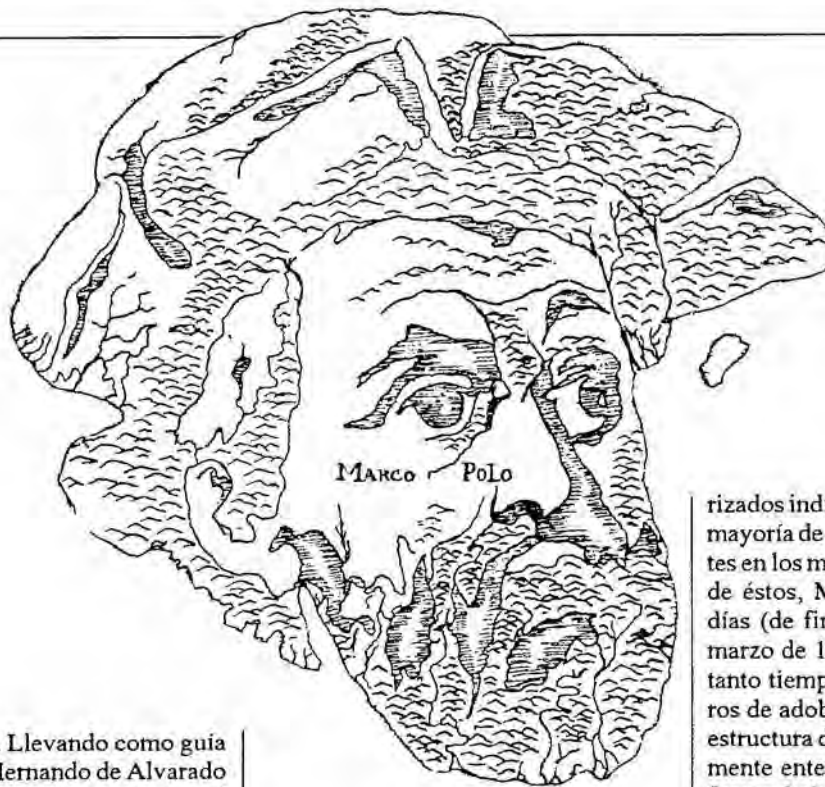
fondo serpenteaba el río que visto desde la altura parecía no tener más de una braza de ancho. La otra orilla, inalcanzable, se vislumbraba a leguas de distancia.

Tres de los hombres más audaces trataron de llegar al fondo y sólo lograron hacer una tercera parte del recorrido, hasta unos pináculos rocosos que vistos desde arriba parecían tener el tamaño de un hombre, y que una vez alcanzados (así lo ponderaron los aventureros) eran tan altos como la torre de la catedral de Sevilla. Ese día el nombre del "Gran Cañón del Colorado" pasó a formar parte de la portentosa geografía de América.

En Cíbola, Coronado se preocupaba por el inminente arribo del grueso de su tropa. Era evidente que los recursos de esta provincia serían insuficientes para alimentar y alojar a sus huéspedes. Mientras tanto, a resultas de su petición de informar a las provincias vecinas sobre su llegada, se presentó una delegación de indígenas de la lejana Cicuye (actual Pecos) situada 70 leguas al oriente. Entre los embajadores destacaba un principal al que los españoles apodaron "Bigotes" por el adorno facial tan ajeno







al rostro indígena. Llevando como guía a este personaje, Hernando de Alvarado y veinte hombres marcharon rumbo al oriente. Las pezuñas de sus caballos se destrozaron en un tramo del trayecto cubierto de lava negra al que los españoles denominaron "Malpaís". A cinco jornadas de Cibola (30 leguas) llegaron a Acoma, inexpugnable en lo alto de su mesa rocosa de más de cien metros de altura, donde gracias a los buenos oficios de "Bigotes", fueron recibidos amistosamente.

El viaje continuó por tres días, a través de una región semidesértica, cuando de pronto, deslizándose perezosamente apareció un gran río. En ambas riberas en un tramo de treinta leguas, se encontraban 15 pueblos ocupados por indígenas de habla tigua, por lo que la provincia fue denominada Tiguex. Aunque favorecida por las fértiles vegas del río, esta tierra generosa en maíz y otros productos vegetales, carecía de metales preciosos. Esta feraz comarca bien impresionó a Hernando de Alvarado, quien mandó noticia a Coronado.

La necesidad de resguardarse del invierno que se aproximaba se hacía inminente, por lo que Coronado ordenó a García López de Cárdenas que preparara en Tiguex alojamiento para toda la tropa. Cárdenas resolvió el problema del albergue con el recurso fácil de desocupar todo un pueblo apoderándose ade-

más de sus reservas alimenticias y lanzando a sus habitantes a depender de la caridad de otros pueblos vecinos. Coronado al llegar hizo requisita de tropas de abrigo para proteger a su gente. Las prendas eran arrebatadas de los mismos hombres que las portaban, sin distinción de rango ni edad. Las relaciones entre españoles e indígenas llegaron a un punto donde sólo hacía falta un incidente cualquiera para que estallaran las hostilidades. Como cuando los españoles abusaron de las mujeres del pueblo de Arenal, y los tiguas enfurecidos robaron y mataron algunos caballos e hirieron a sus guardianes.

Coronado decide hacer un escarmiento y su maestro de campo García López de Cárdenas interpreta las órdenes más allá de las intenciones del propio capitán general. El pueblo de Arenal fue atacado y sus habitantes varones exterminados. Los que no perecieron en el curso de la batalla fueron atados a postes y quemados vivos. Entre 120 y 200 hombres, según las diferentes versiones, sufrieron esta muerte atroz. Así se inició la leyenda de crueldad que no había de abandonar a los españoles en Nuevo México. El invierno de guerra no terminó con la quema de Arenal. Los aterro-

rizados indígenas habían abandonado la mayoría de sus pueblos haciéndose fuertes en los más factibles de defender; uno de éstos, Moho, sufrió un sitio de 90 días (de fines de diciembre y fines de marzo de 1541). Si Moho pudo resistir tanto tiempo fue gracias a que sus muros de adobe tenían como armazón una estructura de grandes troncos profundamente enterrados y unidos entre sí por fuertes bejucos (a manera de un cesto de tejido muy cerrado). Contra esta admirable obra defensiva, los improvisados vaivenes (arrietes) y la escueta artillería de campo resultaron impotentes. Doscientos indios murieron defendiendo las terrazas, pero en esta ocasión también hubo muchas bajas de españoles. Cuando el agua estaba por agotarse (grano aún había) los tiguas entregaron a sus mujeres e hijos, y al terminarse intentaron una salida desesperada. Muchos murieron en la lucha, otros más al tratar de cruzar las heladas aguas del río. Los pocos sobrevivientes asumieron, junto con sus mujeres e hijos, su destino de esclavos. Pacificada la provincia de Tiguex, la búsqueda de El Dorado debía continuar. Mientras tanto, en Cicuye, vecino a las Planicies, Hernando de Alvarado conoce a un indígena de lejanas tierras a quien por su aspecto físico los españoles apodan el "Turco". Este personaje, que al parecer es un pawnee retenido en servidumbre, les habla de "Quivira", y una vez más la quimera del oro lanza a los españoles a una nueva e insensata búsqueda. En realidad, ni el "Turco" ni ningún otro indígena de aquellas latitudes pudo haber llegado a contar con tal lujo de detalles todas esas historias de ricas ciudades empedradas en plata... de ese mítico rey Tarrax





conducido en litera de oro... La comunicación debió haber sido a niveles elementales, ayudada por la mímica y el lenguaje universal de las señas. Lo demás lo hizo la imaginación exaltada de los españoles, su codicia insatisfecha, la rabia y la vergüenza de regresar con las manos vacías. Así, el 23 de abril Coronado y sus hombres dejan el ámbito de los pueblos y se internan en la llanura sin límites en búsqueda de las ciudades de plata. Pero entre el llano infinito y la bóveda del cielo sólo se encuentran a los innumerables rebaños de bisontes que tardan días en cruzar un vado y a las bandas de nómadas que los siguen, pues de ellos deriva su subsistencia. Después de 37 días de camino, a razón de seis o siete leguas por día sin llegar a sitio alguno, Coronado decidió que el grueso de la tropa regresara al río Grande y escogió una pequeña partida de treinta jinetes para agilizar la búsqueda de Quivira. La frustración de los españoles se había volcado contra el "Turco" acusado de felonía y de traición. Guiados por un indio wichita, Coronado y su partida avanzaron durante treinta días más hasta llegar a un río (probablemente el Arkansas), tres jornadas corriente abajo hallan una agradable provincia de onduladas colinas y fértiles pequeños valles con seis o siete aldeas de chozas de lodo con techos de paja. ¡Ésa era la añorada Quivira!

Veinticinco días pasaron los españoles en la región, pero no encontraron

nada de interés. ¡Había que regresar! Así lo decidieron los españoles en Consejo. ¡Por todo botín llevaron un pectoral de cobre, propiedad de un cacique indígena! El hecho de haber ejecutado al "Turco" a garrote vil, debe haber dado poco alivio a su frustración. A nadie podrá admirar que a su regreso al río Grande (septiembre de 1541) los indios pueblo se mostraran hostiles o bien que hubieran abandonado sus pueblos. El segundo invierno en Tiguex estuvo lleno de pequeños incidentes enojosos: chismes y mezquindades, producto de la inacción de los soldados, su desencanto y su nostalgia. Fue entonces cuando Coronado se cayó del caballo... Este incidente, al parecer nimio, tuvo graves consecuencias para los españoles. Por principio, un capitán no puede quedar desmontado enfrente de sus soldados. Éstos le perderán el respeto. El ya menoscabado prestigio de don Francisco acabó por extinguirse. Coronado, perdido el ánimo, exageró sus heridas (según dicen algunos) y propuso poner fin a la malograda aventura. Por lo demás, el hecho de haber perdido contacto con la flota de Alarcón que llevaba los avíos, hacía muy difícil intentar un programa colonizador. Aunque algunos capitanes obstinadamente insistían en continuar la búsqueda de El Dorado, la mayoría, perdida la fe, optó por el regreso. La hueste que abandona Tiguex tiene un aspecto muy distinto a la que poco más de dos años antes había salido de Com-

postela. Disminuido el número y quebrantado el ánimo de los españoles, son una tropa de vencidos pese a haber ganado todas las batallas. Algunos no se perdonarán jamás el abandono de las tierras conquistadas. Coronado, apagada su estrella, llega a la ciudad de México con menos de cien hombres. Muchos se quedan por el camino, regados a trechos largos, como nuestro cronista Castañeda. Por su parte, los indios pueblo tampoco serán ya los mismos después del trauma de la conquista. El terreno está preparado para que en 1598, cuando don Juan de Oñate llegue, al frente de su columna colonizadora, la resistencia indígena sea prácticamente nula.

## BIBLIOGRAFÍA

BOLTON, Herbert Eugene, *Coronado, Knight of Pueblos and Plains*, The University of New Mexico Press, Albuquerque, 1980.

DAY, Grove, *Coronados Quest, The History making adventures of the first white men to invade the southwest*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1964.

WINSHIP, George Parker, *The Coronado Expedition, 1540-1542*, Chicago, Rio Grande Press, 1964.

\_\_\_\_\_, "La narrativa de Castañeda", *op. cit.*, 1, p., 107-185.

\_\_\_\_\_, "La Narrativa de Jaramillo", *op. cit.*, p. 370-383.

PACHECO Y CARDENAS, "La Relación del Suceso", en Winship, *op. cit.*, p. 350-363.

